

El Señor de Chiapa

Dr. Emiliano Gallaga (Centro INAH Chiapas)

“En la cima del montículo 11, el joven y recién nombrado gobernante sentía las miradas de su pueblo clavadas sobre su espalda esperando que culminaran las ceremonias de las exequias de su padre, el gran señor de Chiapa, recientemente fallecido, después de más de 50 años de vida. En su tumba son depositados varios contenedores cerámicos llenos de comida y bebida para saciar su sed y hambre en el mundo de los muertos, así como dos sirvientes, un infante y un joven, que fueron sacrificados para continuar al servicio de su señor en el más allá. Los últimos tablones de madera que componen el techo de la tumba son puestos y el príncipe no ve más la máscara de concha spondylus sobre el rostro de su padre ni el collar de cientos de piezas de jade obsequiado por el señor de La Venta el día de su ascensión para reafirmar su alianza con los señores de la región del hule, hace ya muchos tunes (años). El príncipe heredero sabe que no tardarán en arribar para su ascensión. Se voltea y su mirada se posa sobre la gran serpiente de agua, el Grijalva, y le pide un buen augurio para su pueblo.”

No sabemos a ciencia cierta si esto fue lo que sucedió hace más de 2 mil años en el sitio de Chiapa de Corzo, pero fue así como me lo imaginé una vez que caímos en cuenta de la magnitud del descubrimiento que acabábamos de realizar unos días entrados en semana santa durante el 2010. Dentro de la pirámide, conocida como montículo 11 entre los arqueólogos o el cerro del tanque de agua entre los locales, fue descubierta la tumba de un alto dignatario, la cual podría ser la más antigua de su tipo en toda Mesoamérica con una antigüedad aproximada de 2,700 años.

En este valle, el de Chiapa, se estableció la cultura zoque desprendida de una familia lingüística que abarcó todo el Istmo de Tehuantepec y la costa del Golfo de México; cuyos descendientes pueden ser vistos en Chiapa. El sitio es uno de los asentamientos humanos más antiguos y constantes de la región con una antigüedad que se remonta hacia el años 1,200 a.C. a la actualidad, coincidiendo con el surgimiento de asentamientos en el área nuclear olmeca, principalmente con La Venta, en el actual estado de Tabasco.

El descubrimiento fue realizado por los arqueólogos Bruce Bachand (Universidad Brigham Young, Utah, Estados Unidos), Emiliano Gallaga (Instituto Nacional de Antropología e Historia, Conaculta) y Lynne Lowe (Centro de Estudios Mayas del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México), que

conforman el equipo interinstitucional del Proyecto Arqueológico de Chiapa de Corzo. Este proyecto de investigación cuenta con el respaldo financiero de la National Geographic Society, la Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo de la BYU, el Programa Fulbright-García Robles y donadores privados; así como apoyo del Gobierno Federal a través del INAH. El objetivo principal del proyecto es el de establecer cuándo se comenzó a construir el montículo 11, si tenía subestructuras, y conocer los elementos arquitectónicos del mismo, así como los materiales usados. Sabíamos que las posibilidades de localizar una ofrenda o tumba asociada al templo en esta excavación eran altas, pero el contexto arqueológico superó nuestras expectativas y ha echado a volar nuestra imaginación para interpretarla.

El hallazgo en este sitio de filiación zoque consiste en los restos óseos de cuatro individuos, dos de los cuales se localizaron vestidos con jade, concha, pirita, y ámbar, con ofrendas de cerámica y otros objetos preciosos para la cultura y la época. La relevancia del descubrimiento radica en dos vertientes: la local, que se revalorará la concepción de la cultura zoque mostrando una comunidad compleja e importante para esta época temprana; y la regional, que permitirá ajustar las cronologías de desarrollo de las antiguas culturas olmeca, zoque, y maya, además de revelar que el uso de pirámides como recintos funerarios es mucho más antiguo de lo que se había creído hasta ahora.

Hasta que no tengamos los resultados definitivos de los análisis de Carbono 14, Estroncio, y ADN de las muestras de las osamentas y de los materiales orgánicos localizados, como madera o carbón, no podremos realmente establecer la antigüedad de la tumba. Sin embargo, el análisis de los materiales cerámicos hallados en ella, quizá permitirá determinar que la tumba fue construida durante el periodo Preclásico Medio, es decir entre 700 y 500 a.C., además, el análisis de estas muestras posiblemente nos permitirán establecer la relación existente entre la gente de la región del hule (Tabasco) con los valles centrales de Chiapas.

El hallazgo

El descubrimiento consistió en la localización de una cámara funeraria de paredes de piedra, ubicada al interior de una subestructura más temprana dentro del Montículo 11 de Chiapa de Corzo; esta primera pirámide alcanzó entre 6 y 7 metros de altura, y tuvo escaleras de barro y un templo en la parte superior. Durante su última etapa constructiva del montículo 11, debió haber tenido una altura aproximada de 13 -14 metros, sin embargo la construcción de un tanque elevado de agua en los 50's niveló la porción superior arrasando con parte de la estructura del templo de la última etapa, de modo tal que en la actualidad sólo cuenta con una altura de 11 metros, aun así se trata de uno de los montículos más altos de Chiapa y que hoy en día puede ser apreciado.

En el transcurso de la excavación advertimos que teníamos algo especial cuando localizamos una alineación inusual de lajas, las cuales al ser retiradas nos mostraron los restos ya desintegrados de un techo de madera colapsado por el peso de las lajas y del lodo. Como es usual en estos casos y por cuestiones de seguridad, se decidió trabajar hasta tener registrado y resguardado todos y cada uno de los materiales de la tumba. Tras una jornada de más de 24 horas continuas de excavación, logramos desenterrar en su totalidad una tumba de 4 x 3 m localizada a unos 7 metros al interior del Montículo 11, la cual contenía los restos óseos de tres individuos; uno de ellos corresponde a un personaje masculino de alto rango, según lo señala el rico atavío que fue

colocado; así como a un niño de aproximadamente cinco años, y a un adulto joven, quienes habrían sido depositados como acompañantes, posiblemente sacrificados.



Osamenta del personaje principal en el momento del hallazgo. Además se observa una ofrenda votiva.
Foto: Bruce Bachand BYU-INAH

Debido al desgaste de sus dientes y de la complejidad de sus huesos, el personaje principal debió tener más de 50 años al momento de su muerte, él fue depositado boca arriba con la cabeza orientada hacia el norte. Su cara estaba tapada o cubierta con una concha spondylus a manera de máscara funeraria (ya que contaba con ranura en ojos y boca) y sus dientes presentaban incrustaciones de jade o concha. Al interior de su boca se colocó una cuenta de jade como pago al dios de la muerte para poder acceder al reino de los muertos. Tenía un taparrabo o faldellín, prenda textil que no se conservó, al cual le fueron incrustadas minúsculas perlas y cuentas de jade de diferentes formas incluyendo un lagarto y cucharillas de estilo olmeca. Fue ataviado con sartaes de más de un millar de cuentas de jade (pequeñas y grandes), que formaron ajorcas colocadas en sus tobillos y rodillas, pulseras y brazaletes. Dentro de su ajuar funerario, se identificó una posible máscara de estuco, ya erosionada, con ojos de obsidiana verde, un espejo cuadrado de pirita y 15 vasijas, algunas de ellas de superficie pulida de color negro a grisáceo, o blanco y negro, con diseños al negativo o geométricos.

Los otros dos individuos identificados no presentaron ningún material asociado, lo que nos hace pensar que fueron sacrificados en

honor del señor de Chiapa. Por la posición de los esqueletos, se intuye que el niño fue cuidadosamente enterrado, conservando articuladas sus extremidades, no así el joven de aproximadamente 20 años quien posiblemente fue arrojado al interior de la tumba, casi al final.

Una vez registrados y recuperados todos los materiales de la tumba procedimos a limpiar las banquetas exteriores para continuar con la excavación al interior del montículo. Sin embargo, cuál sería nuestra sorpresa que en la banqueta norte de la tumba se localizó otro sepulcro en la banqueta norte de la tumba. Éste medía 2 x 3 m, y en él se halló otro esqueleto completo, posiblemente femenino de aproximadamente 50 años de edad. Suponemos que debió haber estado relacionada con el señor de Chiapa, probablemente fue su esposa o concubina, datos que podrán ser confirmados por los antropólogos físicos y los análisis de ADN.

Este personaje, también se depositó boca arriba en posición extendida, pero con la diferencia de contar con la cabeza hacia el este y tener las piernas abiertas. Al igual que el señor de Chiapa, estaba ricamente ataviada, debió portar un faldellín decorado con jade y perlas, ajorcas colocadas en sus tobillos y rodillas, pulseras y brazaletes de jade trabajado en forma de aves y de un mono saraguato. A manera de máscara, sobre su cara también tenía una concha spondylus y mostraba incrustaciones dentarias de pirita. También se localizó una espina de mantarraya colocada sobre su pecho, posiblemente para el auto-



Arqueólogo Emiliano Gallaga. Osamenta de mujer.
Foto: Bruce Bachand BYU-INAH



Pendiente de jade representando un mono.
Foto: Héctor Montaña INAH

sacrificio, así como cuentas de ámbar y pirita. Sobre la rodilla izquierda tenía dos vasijas de cerámica y debajo de la rodilla derecha un espejo cuadrado de pirita.

Un hallazgo notable es la resina fósil que se encontró al interior de la tumba y constituye el único registro arqueológico obtenido hasta hoy en una investigación formal. Este descubrimiento confirma el uso ritual en los entierros desde épocas remotas.

¿Qué nos dice el descubrimiento?

El hallazgo de la tumba del señor de Chiapa hace posible afirmar que la tradición mesoamericana de utilizar las pirámides como recintos funerarios es mucho más antigua de lo que se pensaba, y que no proviene del área maya. Podemos establecer que para el 700 a.C. ya se usaba en la región central de Chiapas la práctica funeraria de enterrar personajes importantes al interior de los templos o pirámides, casi 1000 años antes que los mayas.

La gran similitud que guardan varios de los elementos dispuestos en este entierro múltiple de Chiapa de Corzo, sobre todo ornamento y cerámica, con otros que fueron descubiertos en la década de los cuarenta del siglo pasado, en La Venta, Tabasco, concretamente en la plaza principal del Grupo C, confirman los nexos que mantuvieron ambas ciudades en el Preclásico Medio, más sin embargo falta por establecer cómo y de qué tipo fueron estas relaciones. La tumba evidencia también

que la sociedad de Chiapa ya era bastante compleja, que tenían una marcada división de clases sociales, y la capacidad de construir templos y plataformas ceremoniales.

Así mismo, los materiales localizados en la tumba nos indican que para estas fechas tan tempranas, la comunidad posiblemente zoque de Chiapa tenía establecidas fuertes rutas de intercambio fuertemente establecidas que le permitían obtener materiales suntuarios más allá de su región como es el caso de los jades que seguramente provenían del Valle Motagua, Guatemala, donde se encontraban los mayores yacimientos de jade; los materiales de concha provenientes de la Costa del Golfo, y la obsidiana verde del centro de México.

Uno puede pasar toda su vida estudiando un sitio y jamás conocerlo del todo. Siempre habrá una pregunta que contestar, un contex-



Conjunto de vasijas que forman parte de la tumba encontrada.
Foto: Héctor Montaña INAH.

to que analizar, o una pieza que admirar. Esta es la magia de la arqueología y por la que muchos de nosotros nos dedicamos a esta profesión. Pero esta atracción por el pasado no es exclusiva de los arqueólogos o de los estudiosos del pasado, sino de todo aquel que desea admirar lo realizado por los ancestros, tanto los propios como los ajenos.

UN SALVAMENTO ARQUEOLÓGICO, EN EL MONUMENTO NACIONAL “RUINAS DE COPAN”, HONDURAS

Arqlogo. Víctor Francisco Heredia Guillén
Posgrado en Estudios Mesoamericanos UNAM

Entre los años 2001 y 2002 se realizaron trabajos de investigación de campo en el sitio arqueológico Patrimonio de la Humanidad “Copán,” localizado en el Departamento del mismo nombre en la República de Honduras Centroamérica, esto con la finalidad de estudiar la factibilidad de un trazo carretero que uniría a Guatemala y Honduras por la Frontera de “El Florido”. Para este trabajo se implementó un sistema de sondeos arqueológicos aleatorios que dio como resultado la localización de 33 estructuras ocultas bajo los campos de cultivo actuales, y generó un mayor conocimiento cultural sobre áreas, que tienen un alto potencial arqueológico y no siempre visible en superficie.

Introducción

En junio del año 2001, como parte de los convenios de colaboración académica establecidos entre el Instituto Hondureño de Antropología (IHAH) y el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México. (INAH) fui invitado a colaborar con el IHAH, para formar parte de la Sección de Arqueología del mismo Instituto, dentro del cual, ya se encontraban laborando dos arqueólogos mexicanos, que

habían llegado en 1998 y 2000.

Una de mis primeras labores asignadas fue, el Salvamento Arqueológico de un tramo carretero en proyecto, el cual uniría a la República de Guatemala con la República de Honduras mediante una carretera asfaltada que facilitara el tránsito entre estos dos países Centroamericanos¹ (Figura 1).